

La realidad del mal: actitudes, preguntas, búsqueda de respuestas

Todas las personas, sabias o ignorantes, ricas o pobres, religiosas, indiferentes y ateas, nos enfrentamos, de formas muy diversas, pero irremediabilmente, con el problema del fracaso y del mal. Todos nuestros proyectos quedan paralizados ante la realidad del mal, llámese este: enfermedad, envejecimiento, desgracias, dolor o muerte. “Mal” es todo aquello que produce dolor y sufrimiento.

La evidencia del mal

Todos vivimos con conciencia de que:

- El mal es inevitable. Día a día, nos encontramos con la noticia y la experiencia de los muertos en la carretera, en los conflictos bélicos, a causa de las catástrofes naturales...; con enfermedades y tragedias cerca de nosotros; con la poca valoración de nuestra vida, de nuestro cuidado...
- El mal es difícil de superar. Luchamos contra el mal, contra el sufrimiento y, a pesar de los éxitos parciales, hay un nivel de sufrimiento, de ruptura que nunca podemos superar. El nivel último del mal es la muerte.
- El mal, tarde o temprano, nos tocará también a nosotros, en algún momento afectará a nuestra casa. Como dice el dicho popular, hay “rachas de mala suerte”.
- El sufrimiento es malo. Estamos hechos para la felicidad y nuestro interior se revela contra el mal, que siempre es un “enemigo” cuya presencia no es deseada.

Nuestra responsabilidad ante el mal

No todos los males son iguales desde el punto de vista de nuestra responsabilidad.

- Hay males que tienen su origen en la limitación y fragilidad de nuestro ser humano: nuestro organismo se deteriora (enfermedad) y se extingue (muerte).
- Otros son producidos por las catástrofes naturales, que nos sobrepasan y no podemos dominar: la erupción de un volcán, un viento huracanado, una inundación, un terremoto.
- En la mayoría de estos casos, nuestra responsabilidad es nula, aun cuando el ser humano tiene capacidad para prevenir y luchar contra algunos de estos males y, de hecho, consigue éxitos importantes.
- Pero hay males en cuyo origen sí tenemos responsabilidad: egoísmo, injusticia, manipulación, opresión, desprecio de los derechos humanos... son palabras que hablan del sufrimiento que, con harta frecuencia, nos infligimos unos a otros.
- Hay, por tanto, un mal que podemos llamar inevitable y otro mal que procede de nuestra responsabilidad; uno que no ha nacido de nuestra responsabilidad y rebasa nuestra capacidad de control (si bien la aplicación diligente de la inteligencia humana puede, en mayor o menor medida, prevenirlo y paliar sus

consecuencias), y otro en cuya génesis sí entra nuestra responsabilidad, individual o compartida, más o menos directa, y cuya solución depende de nosotros.

- No sería justo culpar a otros –incluido Dios- de la responsabilidad del mal, cuando el origen y la solución del mismo depende, en gran parte, de nosotros, de nuestra toma de conciencia y de nuestro compromiso.

Preguntas y más preguntas

Ante la desgracia, el dolor y el sufrimiento, de manera más o menos consciente, nos hacemos preguntas, que frecuentemente atañen a lo más profundo de nuestro ser; preguntas “radicales”, que van a la raíz:

- ¿Por qué a unos sí y a otros no? ¿por qué a unos más y a otros menos? ¿por qué el mal parece ensañarse con algunos, especialmente?
- ¿Merece la pena venir a este mundo, si la vida está hecha, en gran medida, de dolor, y al final, tenemos que morir?
- ¿Estaba determinado que esto tenía que ocurrir?
- ¿Tiene algún sentido el dolor?
- ¿Es Dios quien permite tanto mal? ¿Nos pone “pruebas”?
- ¿Quién nos puede librar del mal?

Y ante el mal surgen diversas reacciones y actitudes:

- Uno-as optan por *la evasión o la huida*
- Otro-as *se rebelan*: gritan, protestan,
- Otro-as *se resignan* de manera fatalista
- Otro-as *se encierran en sí mismos-as*
- Hay quienes *buscan culpables*: el otro, el médico, uno mismo, Dios...
- Alguno-as *lo asumen con dignidad*, cuando es inevitable
- Algunos-as *se enfrentan al sufrimiento de cara y luchan contra él*: tratan de suprimirlo, o de vivirlo con una mística tal que el mismo pierde su carácter deshumanizador.

Esta “fuerza interior” viene en muchas ocasiones de la vivencia religiosa, de la fe.